

PRIMERAS DINASTÍAS

Hacia finales del IV milenio a. C., coincidiendo con las últimas fases de la cultura eneolítica conocida como Naqada, encontramos asentamientos pequeños que prosperaron a lo largo del Nilo. Basados en la agricultura de regadío, registran una notable actividad comercial y administrativa, en estos poblados pre-urbanos ya se utilizaba la metalurgia, la navegación y la escritura pictográfica, lo que demuestra su avanzado nivel de desarrollo.



Toda esta riqueza atrajo la atención de los pastores nómadas que vivían en los límites del desierto y en el sur, y que, ya entrados en el III milenio a. C., se lanzaron a la conquista del delta.

Toda esta riqueza atrajo la atención de los pastores nómadas que vivían en los límites del desierto y en el sur, y que, ya entrados en el III milenio a. C., se lanzaron a la conquista del delta. De esta manera, el país quedó unificado tras la sangrienta irrupción en el norte de los señores del Alto Egipto, que se convirtieron también en reyes del Bajo Egipto. Con la unificación política del país y la instauración de la primera dinastía faraónica, hacia el 2950 a. C. se inicia la primera etapa de la historia de Egipto.

Durante este tiempo se empieza a vislumbrar el sistema de organización estatal que sería casi una constante en toda la historia del Antiguo Egipto. Aunque resulta imposible precisar los acontecimientos políticos que tuvieron lugar en este período, la tradición egipcia atribuyó la unificación a Menes. Según estas fuentes, el rey y sus sucesores procedían de la ciudad de Tinis o Tis, de donde proviene el nombre Tinita, aunque no hay vestigios arqueológicos que lo corroboren, y fundaron en el norte la ciudad de Menfis, donde se trasladó la capital.



La tradición egipcia atribuyó la unificación a Menes.

Sin embargo, el nombre de Menes no aparece en ninguno de los monumentos que se conservan de este tiempo, conocido como Período Arcaico o Período Dinástico Temprano, aunque se han encontrado referencias de otros soberanos que no se citan en las listas clásicas de reyes. Por ejemplo, según el reconocido egiptólogo Alan Gardiner, este personaje es el rey Narmer, el primer faraón del cual se tiene constancia que reinó sobre todo Egipto.



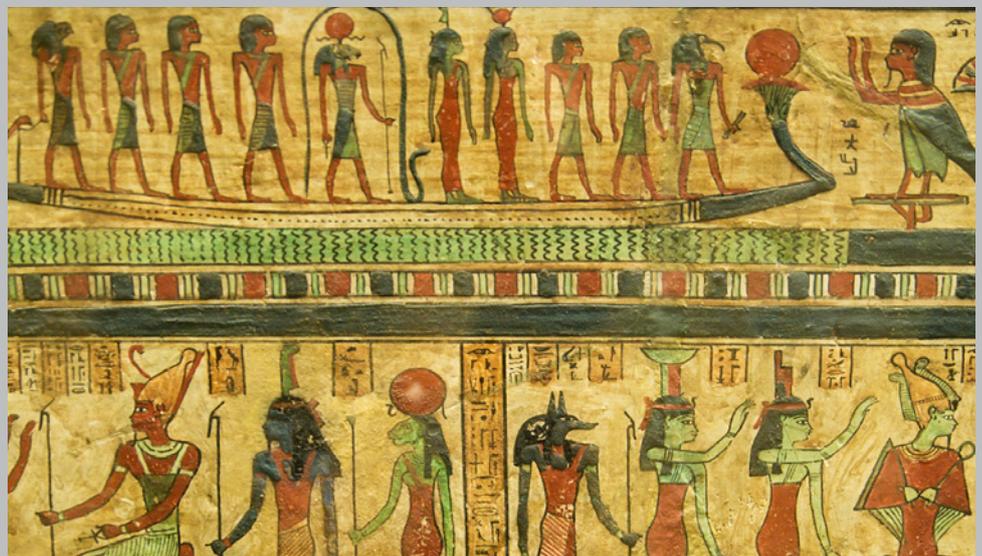
La escritura jeroglífica llegó a su madurez, y comenzó a utilizarse no sólo para grabar inscripciones en los monumentos, sino también con fines administrativos.

Ahora bien, sea cual fuere el nombre de este primer faraón, lo que no puede negarse es que, durante el reinado de la I dinastía, Egipto vivió una época de prosperidad. La monarquía poseía un destacado carácter militar, el rey en persona o sus delegados mantenían a la raya a los nómadas y, a su vez, aseguraban el control de las minas de oro y piedras preciosas en el Sur y el Este.

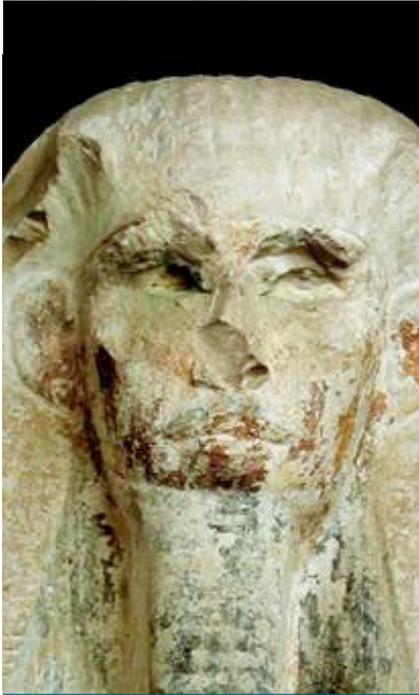


El estado dirigía una política cultural hacia la asimilación mutua entre el Alto y el Bajo Egipto, mediante la adopción por parte del faraón de simbolismos del Norte y del Sur, como la corona Roja del Bajo Egipto y la Blanca del Alto Egipto.

Por lo demás, el estado dirigía una política cultural hacia la asimilación mutua entre el Alto y el Bajo Egipto. Esto se realizaba mediante la adopción por parte del faraón de simbolismos del Norte y del Sur, como la corona Roja del Bajo Egipto y la Blanca del Alto Egipto; celebraciones simbólicas de la unificación; alianzas matrimoniales; construcción de templos en el Bajo Egipto; y asimilación de estilos arquitectónicos del Norte y del Sur, especialmente en las tumbas reales. Además, en este período, la escritura jeroglífica llegó a su madurez, y comenzó a utilizarse no sólo para grabar inscripciones en los monumentos, sino también con fines administrativos. De la misma manera en que había sucedido con la escritura cuneiforme sumeria, los primitivos pictogramas e ideogramas egipcios desaparecieron para dar paso a signos con valor fonético.



Los primitivos pictogramas e ideogramas egipcios desaparecieron para dar paso a signos con valor fonético.



Pese a mantener sobre el papel la dobles estructura administrativa que caracterizó al gobierno de las primeras dinastías, Djoser inició el camino hacia una administración centralizada.

Primeros cambios dinásticos

Según parece, las disputas por el trono egipcio motivaron el cambio dinástico, que se relaciona, en un modo simplificado, con una oposición del Bajo Egipto al centralismo de la monarquía del Alto Egipto. Estos indicios de conflictos internos ya se comienzan a evidenciar en el reinado de Qa, donde el centro administrativo del país se trasladó temporalmente a Menfis, en el Bajo Egipto.

Todo ello evidencia una inclinación de la monarquía hacia el Alto Egipto y un proceso de sedición por parte del Bajo, si bien estos indicios se diluyen en la II dinastía iniciada por Hotepsekhemuy. No obstante, hacia el 2650 a. C. un nuevo cambio dinástico provocado por intrigas palaciegas devolvió la capitalidad a Menfis, establecida en forma definitiva bajo la III dinastía. En esta época, la civilización egipcia entrará en una de sus épocas más brillantes: la del Imperio Antiguo y la construcción de grandes pirámides.

Esta época surge marcada por la influencia del faraón Djoser, quien extiende el Imperio egipcio desde Nubia al Sinaí. Pese a mantener sobre el papel la dobles estructura administrativa que caracterizó al gobierno de las primeras dinastías, Djoser inició el camino hacia una administración centralizada. Sin embargo, más importante que Djoser fue su visir Imhotep, sumo sacerdote de Ptah, divinizado años más tarde en la época ptolemaica. Se cree que fue el impulsor del primer gran edificio de piedra de la civilización egipcia, la pirámide escalonada de Saqqara, cerca de Menfis, dedicada a Djoser.

Es durante esta dinastía en la que Egipto organizó diferentes expediciones militares y logró consolidar una dinámica política y comercial que impulsó el progreso y la prosperidad del país. Ahora bien, se desconocen las causas concretas que provocaron la transición hacia la IV dinastía, aunque se vislumbra que tuvo lugar hacia el 2575 a. C. y que, tras ella, subió al poder el faraón Snefru.



Se cree que Djoser fue el impulsor de las primeras pirámides escalonadas.

LA PALETA DE NARMER

Placa de pizarra tallada con bajorrelieves, descubierta en 1898, la Paleta de Narmer, datada del siglo XXX a. C., es el primer registro de la unificación de Egipto. Confeccionada en esquistos verde, de 64 cm de altura y 45 cm de ancho, su primitiva función era servir de soporte para la preparación de cosméticos, pigmentos, cremas y aceites que se aplicaban en el cuerpo, aunque es muy común encontrarlas en los ajuares funerarios o como ofrenda en los templos.



Ambas caras tienen grabada en la parte superior dos cabezas de vaca, símbolo de la diosa Bat, y entre ellas se encuentra el serej, estructura decorada con la llamada “fachada de palacio”, con el nombre de Narmer, al que se identifica con Menes, unificador del país. En una de las caras figura el rey Narmer, con la corona Blanca del Alto Egipto a gran tamaño, lo que indica la preeminencia del Alto sobre el Bajo Egipto. Se ve que golpea a uno de los extranjeros, representados por una figura de cabello rizado y barba, cuya figura siempre se usaba para identificar a los libios y a los asiáticos, aunque es probable que Narmer considerara extranjeros a los habitantes del Delta, ya que la unificación fue una conquista por la fuerza. El dios Horus, símbolo de la divinidad del rey, está sobre unos papiros, símbolos del Bajo Egipto, lo que incide sobre el hecho de la conquista del Delta y debajo hay más enemigos de pelo rizado abatidos y, junto a sus hombros, la representación simbólica de dos ciudades amuralladas conquistadas.

Por su parte, en el reverso, en la franja superior, está el faraón con la corona Roja, símbolo del dominio sobre el Bajo Egipto, que se encuentra acompañado de su séquito ante dos filas de enemigos decapitados. En la parte baja están representados dos extraños animales, cuyos largos cuellos están entrelazados: Gardiner opina que es una representación de la unión de las Dos Tierras bajo un solo rey. Debajo de todo vuelve a aparecer el rey, simbolizado por un toro que aplasta a sus enemigos y sus ciudades amuralladas.

En cuanto a su representación, Gardiner opina que la paleta representa una batalla por el control del Delta, probablemente en manos de los libios, que posiblemente fue el final de una guerra de varias generaciones. John Baines, en cambio, propone que representan símbolos de logro regio, cuyo propósito no es dar cuenta de un evento histórico, sino exponer el dominio del rey sobre el mundo en nombre de los dioses, para lo cual ha derrotado las fuerzas del caos internas y externas.

Ambas caras tienen grabada en la parte superior dos cabezas de vaca, símbolo de la diosa Bat, y entre ellas se encuentra el serej, estructura decorada con la llamada “fachada de palacio”, con el nombre de Narmer, al que se identifica con Menes, unificador del país.





La época de las pirámides

Conocemos los episodios más importantes de la vida de Snefru porque se hallan recogidos en la llamada Piedra de Palermo, el mayor fragmento de una losa de diorita que tiene grabados un conjunto de acontecimientos desde la época predinástica hasta la V dinastía de Egipto. Este documento, por ejemplo, explica que Snefru impulsó la construcción de las primeras pirámides no escalonadas y que emprendió campañas contra los pueblos vecinos. Gracias a esta política expansionista, el faraón pudo asegurar las fronteras del reino y aprovisionar de cobre y otros minerales a los talleres de Menfis.



Snefru impulsó la construcción de las primeras pirámides no escalonadas y que emprendió campañas contra los pueblos vecinos. Gracias a esta política expansionista, el faraón pudo asegurar las fronteras del reino.

Snefru fue sucedido por su hijo Keops, un hombre ambicioso y despótico, que estableció su residencia en Guiza, al norte de Menfis, y que ordenó levantar la famosa Gran Pirámide. Durante su reinado los ejércitos reales prosiguieron su lucha contra los nómadas del desierto y se intensificaron las importaciones de piedra, marfil, especias, madera y, sobre todo, metales y piedras preciosas. Con todo, la tradición posterior egipcia describe a Keops como un tirano cruel, que impuso el trabajo forzado a sus súbditos para erigir su pirámide.



EL REINO DE LAS DOS TIERRAS

Pese a la unificación y la instauración de un único gobernante para todo el territorio, la tradicional división entre las tierras del sur (el Alto Egipto) y las del norte (el Bajo Egipto) nunca se abandonó. En realidad, Egipto aparece desde la I dinastía como el “Reino de los dos países” y el faraón exhibe siempre los símbolos que representan la autoridad en ambos lugares. Esta dualidad, al desarrollarse el estado burocrático característico de la época faraónica, llevaría a mantener durante mucho tiempo una doble administración.

Después de la muerte de Keops es posible que surgieran disputas sucesorias entre sus hijos Djedefrae y Kefrén. Durante sus respectivos reinados se perfeccionó la técnica de edificar pirámides y se mejoró el funcionamiento de la administración real. Kefrén, además, construyó la segunda gran pirámide y posiblemente la Gran Esfinge de Guiza. No obstante, la espléndida IV dinastía, cuyos últimos reyes fueron Micerino, quien construyó la tercera mayor pirámide de Guiza, y Shepseskaf, acabó por debilitarse hasta que, en el siglo XXV a. C., se extinguió.

El imperio egipcio, con la subida al trono de la V dinastía, entró en un período de decadencia y descentralización del que tardaría siglos en salir. La figura del dios-rey todopoderoso asociada al faraón y sobre la que había cimentado el orden social y la unidad del país estaba a punto de desaparecer. A partir de entonces, el faraón será considerado simplemente como el representante terrenal de una voluntad superior que, como consecuencia, verá limitada su autoridad.

Jeroglíficos egipcios pintados en una pared.

